

te que endulces ese genio avinagrado, ese natural áspero y desabrido, ese tono de voz altivo y desdenoso. Mándate que atiendas á las obligaciones de tu estado y de tu oficio con mas exactitud; que veles sobre tu casa y familia con mayor cuidado, y con mas zelo; que no te dispenses con tanta facilidad en tus ejercicios espirituales; que los hagas con mas devoción, y no quebrantes con tanta ligereza las reglas que te has propuesto para gobernarte. Pídetes ese ligero sacrificio, esa corta mortificación, esa obra de caridad, esa limosna. Previénete que ores, que estés siempre en vela; porque vendrá en la hora en que menos lo pienses. No dejes que se pase el día de hoy sin hacer lo que te manda.

2 Háblandos Dios de muchas maneras; pero nunca se percibe mas clara y mas distintamente su voz, que en el estado religioso, y en cualquiera otro estado de subordinacion y de dependencia. La orden del superior, la voz de la campana, lo que previene el instituto, lo que manda la regla, todas son voces de Dios. No obedezcas á estas voces con tibieza, con desidia, con restricciones, ni con pereza. Ordinariamente la tibieza del alma en el fervor nace de su tibieza en obedecer. Haz desde luego una generosa resolucion de no negar á Dios la prontitud en el rendimiento, que da nuevo esplendor, y aumenta mucho mérito á la obediencia. Sé pronto en dejarlo todo luego que oigas la voz de Dios. Corta la conversacion, despide la visita, levanta la mano de lo que has comenzado; no acabes ni aun de formar la letra luego que oigas que te llama Dios. Al primer golpe de la campana, á la primera orden del superior, á la hora precisa que tú mismo te has señalado para dedicarte á otra cosa, déjalo todo. Vivirán un poco oprimidos con esta puntualidad el genio y el amor propio; pero de eso depende el progreso en la virtud. Sin este exacto fervor, sin esta pronta obediencia, se va poco á poco consumiendo el espíritu al lento calorillo de la flojedad y de la tibieza.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN SIXTO (I), papa y mártir, en Roma, el cual habiendo gobernado la Iglesia en tiempo del emperador Adriano, y en el de Antonino Pio, padeció gustoso la muerte temporal para adquirir la posesion de Jesucristo.

LOS SANTOS MÁRTIRES TIMOTEO Y DIÓGENES, en Macedonia.

CIENTO Y VEINTE SANTOS MÁRTIRES, en Persia.

EL MARTIRIO DE SAN PLATÓNIDES Y OTROS DOS MÁRTIRES, en Ascalon

SAN MARCELINO, mártir, en Cartago, al cual martirizaron los herejes porque defendía la fe católica.

SAN CELESTINO, papa, en Roma, el cual condenó á Nestorio, obispo de Constantinopla, y desterró á Pelagio: con la autoridad de este papa, fué celebrado el concilio general de Efeso contra el dicho Nestorio. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN CELSO, obispo, en Irlanda, predecesor de San Malaquias.

SAN GUILLERMO, abad, en Dinamarca, esclarecido en santidad de vida y en milagros. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN CELESTINO, PAPA.

SAN Celestino, uno de los mas célebres sucesores de S. Pedro que se han sentado en la cátedra apostólica, fué educado por su padre Prisco, natural de Roma, en el sólido principio del santo temor de Dios; y aplicado á las ciencias, como se hallaba dotado de un ingenio sobresaliente, hizo en ellas grandes progresos; los que juntos con un natural como nacido para la virtud, formaron en Celestino uno de los jóvenes mas cabales de su siglo, distinguiéndose ya en la juventud por la ejemplar religiosidad de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría. Consagrado obispo de Ciro en la Siria, y condecorado con el título de cardenal de la iglesia de Roma á virtud de los méritos que contrajo en el servicio de la Iglesia, brillaba nuestro Santo con la capacidad mas estendida, con la caridad mas abrasada, y con el zelo mas generoso por la religion, siendo la veneracion de todos, cuando ocurrió la muerte de Bonifacio, primero de este nombre, á los 25 de octubre de 423, y en el 3 de noviembre del mismo año, fué elevado á la silla apostólica; persuadida Roma, que á la sazón no se reconocia sugeto mas benemérito para la suprema dignidad. Los que eran afectos á Eulalio, obispo de Lipe, antipapa de Bonifacio, le solicitaron para que viniese á la eleccion, con el fin de inquietarla; pero retirándose aquél de todas las pretensiones, reconocido, se celebró la promocion de Celestino en paz y tranquilidad con universal aplauso.

Colocado en el trono apostólico, desempeñó el alto concepto que tenia formado la iglesia de Roma de su eminente virtud y grande capacidad. Por su zelo siempre activo se vió restituida á aquel su primer esplendor, y á aquella serenidad, que parece habia oscurecido el funesto cisma. Toda la atencion aplicó Celestino á unir las iglesias con los vínculos de caridad, y prevenir anticipadamente todo lo que podia ocasionar su division. Con no menor exactitud se dedicó á restablecer la disciplina eclesiásti-



S. CELESTINO PAPA.

ca, regular y secular, relajadas al abrigo de la parcialidad. Su solicitud pastoral tenía por objeto conservar el sagrado depósito de la fe, y reformar las costumbres de todos los estados, no solo con sus palabras y sabias predicaciones, sino con la eficacia de su ejemplo. Su vida era verdaderamente austera, sus penitencias continuas, y sus rentas de los pobres, de quienes fue padre en realidad.

El deseo que ardía en su corazón de dilatar el reino de Jesucristo, le hizo enviar zelosos misioneros apostólicos por varias partes del mundo, á fin de que resonase en ellas la voz del santo Evangelio; con cuya diligencia llegó á lograr la conversión de no pocas naciones envueltas en las miserables sombras de la muerte. Si no consiguió este fin en Irlanda y Escocia en la primera misión de su arcediano Paladio, con otros socios, porque se resistieron aquellos naturales á su predicación; le concedió Dios este consuelo por medio de S. Patricio, quien habiendo venido á Roma á visitar los santos lugares, que se veneran en aquella capital, conocido su espíritu por Celestino, después de tenerle consigo algun tiempo, y de haber probado su fe, doctrina y santidad, le consagró obispo, y le destinó á la conversión de Irlanda; la que con efecto hizo, en términos, que le mereció el renombre de apóstol de aquella nación.

Aunque todos estos laudables hechos bastaban para realizar el mérito de este insigne papa, lo que mas eternizó su gloria fué el ardor y actividad con que se aplicó á sofocar las perniciosas novedades, que perturbaban la paz; y los desvelos con que se dedicó á extinguir las herejías. Si en algun tiempo tuvo la Iglesia necesidad de un pastor tan zeloso y vigilante, de un papa tan santo y sabio, y de una cabeza visible, que fuese capaz de oponerse á los esfuerzos de las herejías, fué el de Celestino.

Pelagio, hombre de grande ingenio, de vasta erudición y seductora elocuencia, y enemigo capital de la gracia, se atrevió á negar la trasfusión del pecado original en el género humano, y la necesidad de la gracia, ensalzando tanto las fuerzas del libre albedrío, que sostenía, que solo con las facultades naturales podía el hombre cumplir los preceptos de Dios, justificarse y conseguir la salvación. Estos principios cardinales de tan craso error defendía su discípulo Celestio, hombre acre y mordaz, con tanto empeño, que se llamaron sus secuaces Celestianos, como Pelagianos los de aquel. Juliano, otro discípulo del heresiarca, hombre erudito en letras divinas y humanas, sumamente elocuente y jactancioso, no satisfecho con proteger el

error, tuvo la osadía de escribir varios libros contra S. Agustin, inclito defensor de la divina gracia, y contra la fe católica. Todos estos monstruos que vomitó el abismo para inducir en los hombres las mas perjudiciales máximas á la justificación y salvación, causaban en el Occidente daños irreparables, dignos de la mas severa corrección; pero armado Celestino de una fortaleza y un valor verdaderamente apostólico, los persiguió y anatemizó: refutó sus errores con sabias y eruditas cartas; y aun con el terror de las leyes imperiales, que se debieron á su infatigable zelo, obligó á muchos de ellos á que abjurasen la herejía, aprobó los escritos de S. Agustin contra los dichos sectarios, y recomendó su doctrina y santidad con los mayores elogios en la epístola, que dirigió á los obispos de Francia. Con no menor brio se portó contra Agricola, hereje de la misma facción, que habia corrompido las iglesias de Inglaterra, enviando de Francia, para purificarlas del contagio con honrosa legación, á los dos eminentes obispos Germano Altisiodorense y Lupo Triestino.

No fueron solos los enemigos del Occidente los que experimentaron las victoriosas fuerzas del zelo apostólico de Celestino. A los del Oriente alcanzaron sus solicitudes, sus desvelos y vigilancia pastoral. Muerto Sisinio, obispo de Constantinopla, fué elevado á aquella cátedra Nestorio, presbítero antioqueno, con tanto aplauso y aceptación, que se persuadieron los electores, que habia de ser otro Crisóstomo; pero descubriendo á breve tiempo la perversidad que ocultaba en su corazón, se declaró autor de una inaudita herejía, que negaba fuese la Virgen Santísima madre de Dios, asegurando deberse llamar Cristipara, y no Deipara, bajo el supuesto erróneo de establecer en Jesucristo dos personas, como dos naturalezas, contra el sacrosanto misterioso dogma, que cree y confiesa nuestra santa fe católica.

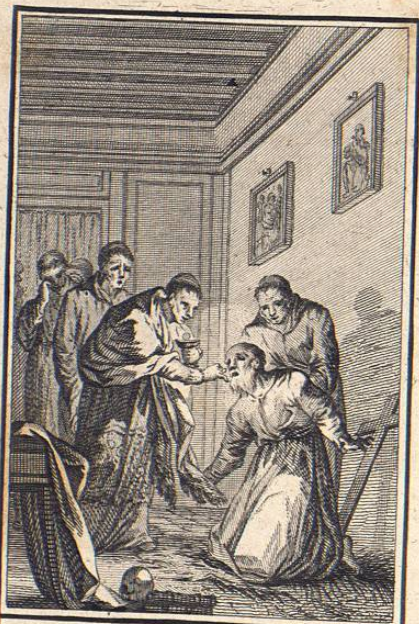
Apenas supo Celestino la execrable blasfemia, escribió inmediatamente á S. Cirilo, obispo de Alejandría, para que le informase de la verdad; y habiéndolo hecho por medio de su diácono Dosidio, que envió á este efecto á Roma, volvió á escribir á aquel insigne prelado, para que interesase toda su sabiduría y autoridad en el reconocimiento de aquel nuevo sectario; y cuando no lo hiciese, arrepentido de su error, le escomulgase públicamente con todos los secuaces de la impiedad. También escribió á Juan Antioqueno, á Rufo de Tesalónica, á Juvenal de Jerusalem, y á Flaviano Filipense, celeberrimos obispos del Oriente, para que se armasen contra el poderoso autor de la

herejía. Pero no habiendo tenido el deseado efecto estos paternales avisos; no satisfecho su apostólico zelo con haber condenado al herejarca pertinaz en un concilio que tuvo en Roma en el año 430, valiéndose de la protección del emperador Teodosio el jóven, hizo se celebrase un concilio general en Efeso en el año siguiente de 431, que fué el tercero de los ecuménicos, al que asistieron doscientos obispos con los legados apostólicos, que lo fueron S. Cirilo, Arcadio y Fosisto, obispos, y Felipe I, donde fué condenado Nestorio con su herejía, desautorizado, desterrado y recluso en el monasterio de S. Euprepio de Antioquia, quien falleció despues infelizmente; y aun se dice, que antes de morir se le llenó la lengua de asquerosísimos gusanos, que se la despedazaban, en castigo sin duda de las blasfemias que habia vomitado contra la Virgen Santísima; y para que constase en todo tiempo lo que la Iglesia califica, cree y confiesa sobre la prerogativa de la Santísima Virgen, que negaba aquel infeliz, se decretó en el mismo concilio, que se añadiese en la salutacion angélica la espresion Santa Maria madre de Dios.

Las cartas que Celestino escribió á S. Cirilo, al emperador Teodosio, y al concilio, que copió á la letra el cardenal Baronio en sus Anales, leídas en aquella celeberrima asamblea, no cesaron los Padres de admirar y elogiar su infatigable zelo, su grande sabiduría, y su vasta erudicion en el asunto de la controversia, confesando todos á una voz, que á su solicitud pastoral debian las iglesias orientales el verse libres de la peste nestoriana, inexorable hasta sepultar una herejía, que destruía toda la gloria de la Virgen Santísima.

En medio de esta universalidad de cuidados tuvo tiempo para descender al establecimiento de varios reglamentos de disciplina eclesiástica, y de componer diferentes partes de la liturgia, que acreditan muy bien el zelo con que se esmeró en la política de la Iglesia, y en que los divinos oficios se celebrasen con reverentes ritos y magnificencia. Tambien logró á fuerza de sus instancias del emperador Teodosio, el que hiciese leyes para la mejor observancia de las fiestas, y que concediese muchas inmunidades á las iglesias, y privilegios á los clérigos.

No contento con la solicitud pastoral, con que atendia á las necesidades de las iglesias, halló fondos para edificar y enriquecer los templos de Roma con prodigiosa magnificencia y liberalidad; prueba grande de su dilatado corazon y de su eminente piedad, á la que se debió la ereccion de la iglesia Julia en la region séptima cerca de la plaza de Trajano, que enriqueció



S. GUILLERMO ABAD.

con grandes donaciones, haciendo asimismo considerables dádivas á la basílica de S. Pedro. También adornó el cementerio, que construyó en una heredad propia, llamado de su nombre Celestino. Hizo tres veces órdenes en el mes de diciembre, en las cuales creó treinta y tres presbíteros, once diáconos y sesenta y cuatro obispos para diferentes iglesias. Y constituyó, entre otras cosas, que al principio de la misa se dijere el salmo: *Judica me Deus*; y algunos dicen, que compuso el Gradual.

Finalmente, los trabajos y fatigas apostólicas consumieron su salud; y colmado de méritos y de gloria por tantos triunfos como consiguió de las herejías, después de haber gobernado la Iglesia como diestro piloto, santo y sabio pastor por el discurso de ocho años, cinco meses y días, murió en el ósculo del Señor en el año 432, y su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Priscila en la via Salaria.

SAN GUILLELMO, ABAD.

SAN Guillelmo, tan célebre en el siglo XII por su virtud y por sus milagros, nació en París el año de 1103 de padres muy distinguidos por su nobleza, y en su puericia se crió en la abadía de S. German des Prés, ó de los Prados, bajo la disciplina del abad Hugo, que era tío suyo.

El bello natural del niño Guillelmo, su amor al estudio, y su inclinación á la virtud, dejaron poco que hacer á la educación. Fué presto la admiración de aquella religiosa comunidad, á quien edificaba con sus ejemplos. Prendado el abad de las virtuosas inclinaciones de su sobrino, le aconsejó que abrazase el estado eclesiástico. Hizolo nuestro Santo, y desde luego se distinguió en el nuevo estado por la arreglada circunspección de sus costumbres. Ordenado de subdiácono, fué provisto en un canonicato de la iglesia colegial de Sta. Genoveva del Monte, donde todavía no se había introducido la reforma.

La vida ejemplar del nuevo canónigo, la inocencia de sus costumbres, su puntual asistencia al coro, y el grande amor que profesaba al retiro, que parece había de granjearle el cariño y aun la veneración de sus compañeros, le hicieron odioso á todos. Mirábanle como á reformador incómodo y molesto; y reputaban su observancia regular por censura y reprensión de su licenciosa vida. Pasó á tanto su aversión, que resolvieron obligarle á renunciar el canonicato. Fingió uno de ellos que quería ser religioso, y fácilmente le persuadió á que le siguiese en tan santa resolución; pero habiendo descubierto Guillelmo el artificio, se

quedó en su cabildo, haciendo mayor empeño de ser cada día mas observante y mas ejemplar, edificando tanto á todo el pueblo, que Estéban, obispo de París, le ordenó de diácono, á pesar de los esfuerzos que hicieron sus enemigos para estorbarle este grado.

Vacó por este tiempo el curato ó prebostia de Espinay, que era provision del cabildo de Sta. Genoveva, á cinco leguas de París, y los canónigos no tuvieron duda en proveerle en Guillelmo, celebrando se les ofreciese este honrado pretesto para desviarle. Aceptóle el Santo, reteniendo su prebenda, por ser costumbre de aquella iglesia que dicho curato ó prebostia fuese servido por alguno del cuerpo del mismo cabildo.

No gozaron mucho tiempo de la mayor libertad que creian tener ya con haber alejado de sí á aquel virtuoso compañero, cuya observancia les incomodaba tanto; porque habiendo venido á París en el año de 1147 el papa Eugenio III, y siendo informado de la licencia con que vivian aquellos canónigos, resolvió con beneplácito del rey Luis el Joven hacerlos regulares. Dióse la comisión á Sugerio, abad de S. Dionisio, que introdujo en Santa Genoveva del Monte á los canónigos regulares de S. Victor, dejando á los seculares, durante su vida, la renta de sus prebendas.

Luego que lo supo Guillelmo, sin deliberar un punto, renunció al instante su curato para hacerse canónigo regular; y apenas abrazó el nuevo instituto, cuando fué su singular ornamento. Admiró á los mas perfectos su exactitud en la disciplina regular, su devocion y su fervor. Hiciéronle superior de la casa, y luego se conoció lo que puede en una comunidad religiosa el ejemplo de un superior prudente y santo.

Aunque era muy vivo el zelo que tenia por la disciplina regular, sabia templanle con tanta prudencia, con tanta modestia, con tanta suavidad, que al mismo tiempo que hacia guardar la observancia, hacia amable el precepto. Habiéndose esparcido en París la voz de que habian hurtado la cabeza de Sta. Genoveva, Guillelmo se ofreció á entrar en un horno encendido, llevando en las manos la cabeza de la Santa, que muchos prelados habian hallado en la caja, para prueba de que no era supuesta.

No se ceñia á los límites de Francia la fama de la virtud de nuestro Santo: penetró hasta Dinamarca; y deseoso Absalon, obispo de Roschil, de restituir la pureza de la antigua disciplina en un monasterio de su diócesis, situado en la isla de Eschil, le pareció que ninguno podria ayudarle mejor á conseguir tan santo intento, que el superior de los canónigos reglars de Santa Genoveva. Despachó, pues, cartas para este fin al preboste de su

iglesia, que comunmente se cree haber sido el célebre sajón el Gramático, que compuso la historia de Dinamarca. Aunque al abad de Sta. Genoveva le costó mucho desprenderse del que era como el alma de la religiosa observancia de su casa, con todo eso juzgó que debia hacer á la mayor gloria de Dios este doloroso sacrificio. Partió Guillelmo en compañía de otros tres canónigos que le ayudasen á entablar la reforma.

Fueron recibidos de Waldemar, hijo del mártir S. Canuto, con extraordinaria bondad; y el obispo Absalon, uno de los mas insignes prelados de aquel siglo, despues de colmarlos de honras los hizo importantísimos servicios. Luego que Guillelmo se vió en posesion de la abadía de Eschil, se dedicó con el mayor empeño á establecer en ella la observancia regular. Para conseguirlo juzgó que el medio mas eficaz era ir adelante con el ejemplo. Pero desde luego se descubrió ser empresa mas dificultosa de lo que á él se le habia figurado. Porque así el riguroso temperamento de aquel clima, como el poco uso en la lengua del país, y la suma pobreza de la casa pusieron su zelo y su virtud en grandes y muy dolorosas pruebas. Los tres compañeros que habia traído de París, no pudiendo tolerar el rigor del frio, ni las demás incomodidades de aquella tierra, le abandonaron, queriendo resueltamente volverse á Francia. Los religiosos de la casa, acostumbrados á la relajacion, no podian sufrir la reforma: el ejemplo solo del abad los desesperaba, se volvian contra él, y mil veces pensaron acabar con su vida de diferentes maneras. Siendo esto tanto, con todo eso no era lo que mas afligia al santo abad.

Todo el infierno parece que se habia conjurado contra él, irritado de una reforma, que estaba previendo habia de encender el primitivo fervor de la religion en Dinamarca. Hallóse asaltado de las mas violentas y mas obstinadas tentaciones. Pero cuanto mas crecian los estorbos, y mas se multiplicaban los lazos del enemigo de la salvacion, mas se daba Guillelmo á la oracion y á la penitencia. Premió Dios la constancia y la fidelidad de su siervo. No solo se suavizó el genio indómito y silvestre de los religiosos, vencidos finalmente de su moderacion, de su paciencia y de su blandura, sino que convirtió á gran número de pecadores, atraídos de la fama de su santidad; y tuvo el consuelo de convertir tambien á la fe de Cristo á todos los gentiles, que habian quedado aun en las costas del mar Báltico.

Contribuyó mucho á estos felices sucesos la multitud de milagros que obró, y puede pasar por el mayor de todos ellos su perseverancia y su tranquilidad inalterable en medio de tantas fatigas y peligros.

Muchas veces le veían derretirse en copiosas lágrimas al pie de los altares, por conseguir nuevas gracias del cielo para sí y para sus hermanos. Nunca se desnudaba el silicio: dormía siempre sobre un poco de paja: jamás usó cosa de lino, y era continuo su ayuno. Siete años antes de morir le fué revelado el día de su muerte, y en este tiempo principalmente amontonó grandes tesoros para el cielo, doblando su fervor, sus penitencias, su zelo y paciencia.

Siempre que celebraba el sacrificio de la misa regaba los mantales con sus tiernas y fervorosas lágrimas, y cuando subía al altar, consideraba que iba subiendo el monte Calvario. La última cuaresma de su vida la pasó en escesivos rigores. El jueves santo celebró la misa con tan extraordinaria devoción y ternura, que movió á lágrimas á todos los religiosos que la oían. Dióles la comunión de su mano, y despues lavó los pies á gran número de pobres. Acabada la comida, se estaba disponiendo para lavárselos á sus hermanos, cuando de repente se sintió asaltado de un violento dolor de costado, que le obligó á recogerse á su pobre camilla, donde se le escitó una calentura lenta. Finalmente el día de Pascua, despues de media noche, oyendo cantar en maitines aquellas palabras, *ut venientes ungerent Jesum*, clamó que ya era tiempo de que le administrasen la santa Uncion; y recibido este postrero sacramento, penetrado de tiernos afectos de amor de Dios, y de confianza en su misericordia, espiró á los noventa y ocho años de su edad, habiendo vivido cuarenta enteros en Dinamarca, dedicado al ejercicio de todas las virtudes, singularmente al de una rigurosísima penitencia. Sucedió su muerte en el año de 1203, manifestando desde luego el Señor la gloria de su fiel siervo por la multitud de milagros que obró en su sepulcro. Veinte y un años despues de su muerte, el de 1224, le canonizó el papa Honorio III.

La Misa es de la dominica precedente, y la oracion la siguiente:

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesión de S. Celestino papa, para que logremos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la primera del apóstol S. Pablo á los Corintios, cap. 13.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene zelos, no obra mal, no se ensoberbece, no es ambicio-

sa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la iniquidad, se alegra de la verdad; todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.

REFLEXIONES.

No hay virtud de cuyo nombre, y aun de cuya máscara se valgan mas las pasiones, especialmente entre las personas que hacen profesion de espirituales y devotas, que la caridad. Despues de lo que el Apóstol nos dejó escrito del verdadero carácter de esta virtud, es fácil no equivocarla, y con todo eso á cada paso se equivoca.

¡Qué temible es una pasion disfrazada, y disfrazada con el velo de la religion, para insinuarse con mayor artificio, y para dominar con mayor imperio y con mayor seguridad! Pocas veces se corrigen ni aun se conocen los yerros del entendimiento, cuando nacen del corazon, y los cria la voluntad. Con todo eso no seria incurable la ilusion si se quisiese hacer reflexion á que la caridad dulce y benéfica es el carácter y el distintivo de la virtud cristiana: *Charitas non æmulatur*, la caridad no es envidiosa, dice el Apóstol.

¡O buen Dios, y qué gran prueba de una secreta hipocresía es la envidia en personas religiosas, devotas y espirituales! ¿Es por ventura posible amar á Dios sin alegrarse de que otros le amen? ¿es por ventura posible amar al prójimo, y no complacerse en sus prosperidades? Esta complacencia en una alma verdaderamente humilde no es extraordinaria. La tristeza por la estimacion ajena solo se encuentra en corazones orgullosos, presumidos y poco cristianos.

Charitas non est ambitiosa. Tampoco es ambiciosa la caridad. Con todo eso vemos no pocas veces reinar la ambicion con imperio absoluto en corazones muy presumidos de estar inflamados en la mas ardiente caridad. Siempre es despreciable la ambicion; pero nunca se hace mas odiosa que cuando se descubre en ciertos estados que se fundaron en la Iglesia de Dios para asilo de la cristiana humildad.

¡Qué indignidad, que unas personas que por su profesion no deben tener otro modelo que los abatimientos de un hombre Dios, ni otras leyes que las mas perfectas del Evangelio, aspiren á los primeros asientos, anhelan por las primeras ocupaciones! Regalos, conexiones, bajezas, negociaciones, ruindades, empeños, artificios sutiles, politicas secretas, parcialidades; todo sirve, y de todo se valen en la ocasion para llegar á sus fines.

¡Qué de hazañerías! ¡qué de afectadas muestras de amistad! ¡qué de industrias estudiadas! ¡qué de mañuelas ocultas! y todo para ir granjeando votos, los cuales, aunque den mayor derecho al cargo ó al empleo, no por eso hacen menos indignos á los pretendientes. Esas elevaciones artificiales, efectos de la ambicion, presto se desmienten á sí mismas. ¡Pero qué daño no hacen á los que se alimentan con ellas! *Interdum dominatur homo homini in malum suum.* (Eccles. 8.) Cuando no es el Señor el que te colocó en ese puesto, nunca estarás en él sin peligro. Desdichado de aquel que solo debe la prelación á su ambicion: Coré, Dathan, Abirón y Hon perecieron con el incensario en la mano, por haberse entrometido sin vocacion en el sagrado ministerio; por haber intentado usurpar por via de negociacion una dignidad que tenia Dios destinada únicamente para el mérito y para la virtud: *Multum erigimini, filii Levi.* (Num. 16.) ¿Tú fuiste el que te elevaste por tu industria y por tus artificios? Pues no te podrás mantener mucho tiempo en esa elevacion. Andasele á uno la cabeza cuando sube mas alto de lo que debe. ¡Con qué horror mira Dios á un pobre orgulloso! *pauperem superbum.* (Eccl. 25.) ¡Qué lastimoso desorden de costumbres, y aun de juicio! ¡Unos pobres de profesion, humildes por su propio estado, matarse sobre cuál ha de ocupar mayor monton de tierra, aspirar á lucirlo entre las sombras, á distinguirse entre la oscuridad! ¡Oh, y con cuánta razon llama el Profeta á estos vanos honores, á estas preferencias arrancadas con artificio, vanidades y locuras llenas de ridiculez! *vanitates et insanias falsas.*

El Evangelio es del cap. 7 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Entrad por la puerta estrecha; porque es ancha la puerta, y espacioso el camino que guia á la perdicion; y son muchos los que entran por ella. ¡Cuán angosta es la puerta, y estrecho el camino que conduce á la vida, y cuán pocos los que la encuentran!

MEDITACION.

Del camino de la perdicion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que hay un camino que guia á la perdicion, y que es grande el número de los que caminan por él. ¿Y no serás tú de este número? No es dificultoso conocer cuál es este camino, porque despues de lo que dijo Cristo, no es fácil

equivocarle. Camino ancho, camino muy trillado, doctrina halagüeña, moral relajada, nunca fueron el camino de la salvacion. Los santos ciertamente fueron por otro muy diverso. Esas entradas tan floridas, esas llanuras tan amenas engañan á la muchedumbre; ¿pero adonde conducen al fin? Cuando se marcha en compañía por unas llanuras fértiles, frondosas y risueñas, los árboles deleitan, el murmullo de las aguas embelesa, la gustosa conversacion de los caminantes divierte. ¿Pero es puro el aire de esas campiñas? ¿se va con precaucion contra el ambiente contagioso que reina en ellas? ¿y será el cielo el término de un camino que á cada paso se desvia de él mas y mas?

El camino que guia á la perdicion es ancho y espacioso. Finge el sistema de conciencia que se te antojare; forja la moral mas acomodada que te pareciere; este es el oráculo. Indulgencia universal en favor de las pasiones; interpretaciones de la ley escésivamente benignas; libertad del corazon y del entendimiento, que tanto debilita la religion, estinguendo casi la fe; licencioso desorden de costumbres, perniciosas máximas del mundo, que proscriben todo lo que pone á raya los sentidos, todo lo que los refrena; reino del amor propio, donde está cautivo el espíritu del Evangelio, y donde triunfan la profanidad, las pasiones y el placer; ¿por ventura teneis por término la felicidad eterna?

¡O mi Dios, y qué estravagancia la de caminar con tanto descaro, con tanta serenidad por un camino que conduce infaliblemente al precipicio! ¡qué locura seguir una doctrina que reprobó el mismo Jesucristo! ¡qué error gobernarse por unas máximas tan contrarias á la religion! Esta es la conducta de los que tiranizados de su concupiscencia, no tienen otra regla que el antojo de sus deseos. El camino ancho que guia á la perdicion, es esa vida ociosa, regalona y delicada; es esa vida mundana, sacrificada á las diversiones y á los gustos. El camino ancho es esa moral relajada, que pretende ensanchar el camino del cielo, que presume autorizar todo lo que lisonjea á la concupiscencia; esa moral hipócrita, que debajo de unas sendas, en la apariencia rígidas y estrechas, abre un camino acomodado y anchuroso; debajo de una exterioridad austera y reformada, desviando al alma de los sacramentos, la lleva insensiblemente á una vida libertina.

¡Ah, Señor, y por qué camino corro yo cuando mi vida es tan conforme á mis deseos, y tan poco arreglada á las suaves máximas de vuestra ley!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que en materia de salvacion no es el mas seguro el camino mas trillado. Escoge mala guia el que